

**EL VALOR DE LA VIDA DE LOS ANIMALES
DE COMPAÑÍA:
EL VÍNCULO HUMANO-ANIMAL, MÁS ALLÁ
DEL ESPECISMO Y DE CONSIDERACIONES
ECONÓMICAS**

**O VALOR DA VIDA DE ANIMAIS DE ESTIMAÇÃO: O VÍNCULO HUMANO-ANIMAL, MAIS
TUDO DAS ESPÉCIES E DE CONSIDERAÇÕES ECONÔMICAS**

**THE VALUE OF THE LIFE OF COMPANION ANIMALS: HUMAN-ANIMAL BOND, BEYOND
SPECIESISM AND ECONOMIC CONSIDERATIONS**

Enviado: 19/03/2019

Aceptado: 20/05/2019

Marcos Díaz Videla

Dr. en psicología, docente en Universidad de Flores (Argentina). Laboratorio de Investigación en Antrozoología de Buenos Aires (LIABA).

Email: mdiazvidela@hotmail.com

Los animales de compañía ocupan un lugar paradójico en nuestra sociedad, siendo incorporados como miembros de las familias humanas a la vez que conservando carácter de objetos de mercado. Esta dualidad enfrenta a los custodios de animales en situaciones contradictorias y dilemas morales. Se desarrollaron tres estudios de diseños descriptivo correlacional ($n = 419$), mixto ($n = 278$) y descriptivo-fenomenológico ($n = 70$) en los que se buscó evaluar y describir la valorización intrínseca que los custodios otorgan a sus animales de compañía y su contraposición con la vida humana. Los resultados destacan la relativización de la pertenencia a la especie que estos custodios realizan de sus animales, eximiéndolos de consideraciones económicas y rechazando la tradición antropocéntrica que considera la vida humana como sagrada y superior a la de cualquier animal no-humano. Se destaca así la necesidad posthumanista de comprender el mundo desde perspectivas múltiples y heterogéneas.

Palabras clave: animal de compañía, dilemas, especismo, mascotas.

Animais de estimação ocupam um lugar paradoxal em nossa sociedade, sendo incorporados como membros de famílias humanas, mantendo o caráter de objetos de mercado. Essa dualidade confronta os guardiões dos animais em situações contraditórias e dilemas morais. Três estudos de correlação desenhos descritivos ($n = 419$), misto ($n = 278$) e descritivo fenomenológico ($n = 70$), na qual buscou-se avaliar e descrever a recuperação intrínseca guardiões dar seus animais de estimação desenvolvido e sua contraposição com a vida humana. Os resultados destacam a relativização de pertencer à espécie que esses guardiões realizam seus animais, isentando-os de considerações de ordem econômica e rejeitando a tradição antropocêntrica que considera a vida humana como sagrada e superior à de qualquer animal não-humano. Isso destaca a necessidade pós-humanista de entender o mundo a partir de perspectivas múltiplas e heterogêneas.

Palavras-chave: animal de estimação, dilemas, especismo, mascote.

Pet animals occupy a paradoxical place in our society, being incorporated as members of human families while retaining the character of market objects. This duality confronts guardians of animals in contradictory situations and moral dilemmas. Three studies of descriptive designs correlational ($n = 419$), mixed ($n = 278$) and descriptive-phenomenological ($n = 70$) were developed to evaluate and describe the intrinsic valorization that the guardians grant to their pets and its contraposition with human life. The results highlight the relativization of the belonging to the species that these guardians make of their animals, exempting them from economic considerations and rejecting the anthropocentric tradition that considers human life as sacred and superior to any non-human animal. This highlights the posthumanist need to understand the world from multiple and heterogeneous perspectives.

Key Words: companion animal, dilemmas, speciesism, pets.

1. Introducción

¿La gente se siente más perturbada por el sufrimiento de un perro que de un humano? Así se llama un artículo, desarrollado por Levin, Arluke e Irvine (2017) en Estados Unidos, donde le solicitaron a un grupo de jóvenes estudiantes que puntuaran qué tan conmovidos se encontraban por una noticia policial. En esta se describía un ataque cruel de un agresor humano que había golpeado con un bate de baseball dejando severamente herida a su víctima. Los participantes eran asignados al azar a una de las 4 condiciones, donde se manipulaba el tipo de víctima: (1) bebé humano, (2) cachorro de perro, (3) humano adulto, y (4) perro adulto. Bebés y cachorros generaban más empatía, y quien menos empatía despertaba era el humano adulto.

Si bien los autores reconocieron que la similitud con la víctima favorece la empatía, destacaron, por encima, el efecto de la vulnerabilidad, es decir, qué tan indefensa consideremos la víctima. Así, esto no implica que nos preocupen más los perros que los humanos, sin que, simplemente, nos preocupen más las víctimas cuando las consideramos indefensas.

Claro que esta regla está influida por múltiples factores, siendo la pertenencia a una determinada especie uno de ellos. No sentimos la misma empatía por un cerdo que por un perro. El antropomorfismo y la experiencia directa con esa especie también influyen.

Irónicamente, aunque nos conmueva más el sufrimiento de un delfín, perrito o gatito, la vida humana es evaluada como superior y cualitativamente diferente respecto de la de los demás animales, a partir de nuestra tradición cultural judeo-cristiana (ver Ingold, 1994; Serpell & Paul, 1994, 2011). Así, en la actualidad, mientras que la vida humana es invaluable, la vida no-humana no, y en muchos casos, puede ser cuantificada de manera simple.

Los animales no humanos (en adelante, animales) constituyen uno de los componentes naturales de mayor significado socioeconómico, científico y cultural de un país. Los humanos utilizan animales de múltiples formas, mayormente en relación a productos tangibles o servicios, como ser la producción de alimentos o pieles, transporte, seguridad o investigación biomédica (Páramo & Galvis, 2010; Sandøe, Corr, & Palmer, 2016).

Mientras que la mayoría de los animales son explotados con indiferencia a partir de los recursos económicos y los servicios prácticos que proveen, existe una categoría

completamente diferenciada de animales domésticos, la cual, por motivos no obvios, está exceptuada de este trato (Serpell, 1996; Serpell & Paul, 1994). Estos animales son mantenidos en los hogares de las personas, donde parecen tener un propósito escasamente definido. A estos nos referimos usualmente como mascotas o animales de compañía (Sandøe et al., 2016); y los animales que prototípicamente representan esta categoría son los perros y los gatos.

En la mayor parte de los países occidentales, el número de hogares que cuentan con animales de compañía ha crecido firmemente en las últimas décadas (Serpell, 2016). En Estados Unidos en el año 2011 más de un tercio de los hogares tenían uno o más perros, y poco menos de un tercio tenía uno o más gatos (American Veterinary Medical Association [AVMA], 2012). Cálculos más recientes realizados por la American Pet Products Association (APPA, s.f.) estimaron que entre el 2015 y el 2016 más del 44% de los hogares estadounidenses contarían con al menos un perro de compañía. En la Unión Europea en el 2014 se encontró que poco más del 25% de los hogares tenían al menos un gato, y alrededor del 18% tenía al menos un perro (European Pet Food Industry Federation [FEDIAF], 2014).

En Ciudad Autónoma de Buenos Aires el Instituto de Zoonosis Luis Pasteur publicó a la fecha dos relevamientos demográficos de animales domésticos (Anderson et al., 1996; Bovisio et al., 2004). Ambos relevamientos fueron realizados bajo el mismo método con el objetivo de poder establecer comparaciones entre los datos. Esto permitió observar un incremento del 27.3% en la cantidad de mascotas, en el período de diez años comprendido entre 1994 y 2004, pasando de una población estimada de 398.041 a 425.978 perros, de 120.790 a 206.710 gatos, de 100.180 a 120.199 aves, y de 61.127 a 113.097 de otro tipo de animales. Vale destacar que de acuerdo a los datos censales base de estos trabajos, en el período de diez años comprendido entre los años 1991 y 2001 el número de habitantes de Ciudad Autónoma de Buenos Aires disminuyó un 6.38% (Dirección General de Estadísticas y Censos [INDEC], 2001). Es decir que, además de un aumento en la cantidad de animales, se registró un incremento en la tenencia de mascotas, pasando de un perro cada 7.45 personas a uno cada 6.52, y de un gato cada 24.55 personas a uno cada 13.43 (Anderson et al., 1996; Bovisio et al., 2004). Así, los mayores incrementos se registraron en la tenencia de gatos, con un aumento diferencial de 6.17 puntos; mientras que por el contrario, la tenencia de perros registró la disminución diferencial más amplia, con un descenso de 9.31 puntos. En relación a la proporción entre animales y hogares, se observó un incremento de un animal por cada hogar y medio, a la relación de un animal por cada hogar.

El informe más reciente publicado por el Ministerio de Hacienda respecto de la tenencia de animales de compañía en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (DGEyC, 2016) estimó una población levemente superior: 430,000 perros, a razón de un perro cada 7.14 personas, y 250,000 gatos, a razón de un gato cada 12.5 personas.

Las cifras relativas a la tenencia de animales de compañía en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Bovisio et al., 2004) superan ampliamente las obtenidas para la Unión Europea (FEDIAF, 2014) y para Estados Unidos (AVMA, 2012); aunque las diferencias entre los métodos empleados pueden hacer no válidas las comparaciones directas de los datos.

Los incrementos en la tenencia de animales de compañía, así como su reconocimiento y valoración positiva, no resultarían una consecuencia del estilo de vida moderno, sino una consecuencia del cambio sociocultural respecto de las actitudes hacia los animales. Y las mascotas, particularmente, parecen haberse configurado como una característica siempre presente en la vida de las familias del mundo occidental (Díaz Videla, 2017a).

Estos animales ocupan una posición privilegiada en nuestra sociedad, viviendo cerca de sus cuidadores humanos, quienes pueden llegar a realizar esfuerzos significativos para proveerles en función de sus necesidades y deseos. A estas mascotas se les destina enormes cantidades de dinero, tiempo y afecto: ofreciendo recompensas cuando se extravían, pagando por su aseo y por el cuidado de su salud, comprándoles regalos, y obviamente, alimentándolos (Archer, 1997).

Estos animales comparten intimidad con los humanos y reciben atención, cariño y cuidados, convirtiéndolos en animales excepcionales que pueden confrontarnos con el trato indiferente que prodigamos hacia los demás animales, cuestionando nuestra tradición antropocéntrica (Díaz Videla, Olarte, & Camacho, 2015). Los vínculos emocionales que establecemos con los animales pueden ser de gran intensidad y, sin embargo, son más bien excepcionales. Por cada perro o gato querido hay centenares de animales domésticos confinados entre rejas en sistemas de crianza intensiva y en laboratorios de investigación (Sheldrake, 2008).

Además, la posición que ocupan los animales de compañía en nuestras sociedades resulta en sí misma paradójica, y a la vez que se incorporan a la esfera humana como miembros de la familia, son también productos que se comercializan en el mercado. En la página de compra-venta *Mercadolibre* es posible consultar rápidamente los precios. Desde nuestro propio domicilio podemos comprar peces vivos desde \$1, gatos desde

\$10, ratas desde \$20, conejos desde \$100 y caballos desde \$6.000. El valor se incrementa de acuerdo a la edad más joven del animal, la pureza de su raza y, por supuesto, las caprichosas tendencias y modas humanas. Así, el valor de un perro puede oscilar entre \$500 y \$12.000.

Ahora bien, una vez que el comprador comienza a formar un vínculo con ese animal, este deja de tener valor económico, o al menos, no puede calcularse como antes. Claramente, no todos los individuos forman vínculos con los animales que compran, y en ese caso, el animal podría conservar un precio determinado en el mercado, o bien perder su valor económico y no adquirir ningún otro.

Esta posición dual puede representarse en la contraposición de los términos mascota y animal de compañía, los cuales pueden utilizarse para connotar una relación más asimétrica o más igualitaria. De este modo, los custodios de animales, deben enfrentarse frecuentemente con situaciones contradictorias o dilemas, producidos por la ambivalencia sociocultural respecto a cómo consideramos a los animales. Los cuales, por un lado, son objetos para ser utilizados y, por otro, individuos con capacidades antropomórficas, con personalidades únicas y con los cuales es posible establecer un vínculo emocional (Díaz Videla, 2017b).

2. El dilema del tranvía y el juicio moral

Un dilema se refiere a un argumento formado por dos proposiciones contrarias disyuntivamente, de manera que, negada o concedida cualquiera de las dos, queda demostrada una determinada conclusión. Ahora bien, el dilema plantea la necesidad de elegir entre ambas opciones, siendo estas igualmente buenas o malas (Diccionario de la Real Academia Española, 2014). En general, sucede que ninguna de las elecciones resulta completamente aceptable, por lo que las personas tienden a experimentar un conflicto interno cuando intentan dar respuesta.

Posiblemente, el dilema más famoso planteado como experimento mental, es el llamado *dilema del tranvía* (Foot, 1967). Acá se plantea una situación hipotética donde un tranvía corre fuera de control por una vía, en la que se hallan cinco personas atadas. Para impedir que las arroye, es posible accionar una palanca que encaminará al tranvía por una vía diferente, en la que, por desgracia, hay otra persona atada. ¿Qué deberíamos hacer?

Frente a esta situación, el 90% de las personas basa su respuesta en un criterio utilitarista, accionando la palanca, en tanto, por una cuestión de cantidades, la decisión estaría justificada. El utilitarismo considera que la moralidad de un acto depende de sus consecuencias.

El criterio que se contrapone a este, es el denominado deontológico, según el cual un acto es bueno o malo independientemente de las consecuencias que tenga. De modo que la ética se basaría en principios universales y en obligaciones.

Ahora bien, el dilema del tranvía, se ha hecho famoso a partir de las múltiples variaciones que se le han aplicado, y que complejizan la decisión. Por ejemplo, el tren podría ser detenido si empujaras a una persona a la vía para ser atropellada. Curiosamente, aquí, la participación activa en el sacrificio humano tiende a generar más resistencia. Inversamente, en esta versión, solo el 10% de las personas optan por salvar a los cinco sujetos (Díaz Videla, 2017a; Herzog, 2012). Pero, ¿en qué basamos nuestras respuestas frente a una situación en apariencia similar, para responder de manera diametralmente opuesta?

Las diferencias de respuesta a ambos dilemas han sido explicadas por la divergencia en las áreas cerebrales usadas para contestar. Al parecer, en tanto la primera versión resulta más impersonal, no produciría una activación cerebral en las zonas encargadas del procesamiento emocional, como sí sucedería en la segunda versión (Greene & Haidt, 2002). Acá, se ha destacado el papel de las emociones dentro de los juicios morales.

Otras versiones han incorporado animales en el dilema del tranvía. Por ejemplo, se han reemplazado las personas por primates no-humanos en la versión personal, donde deberíamos empujar a uno para salvar a cinco. Aunque sería presumible que la elección no se viera afectada, en este caso, la mayor parte de las personas indica que empujaría al primate contra el tren. Claramente, nuestro procesamiento de la información es diferente cuando se trata de pensar en situaciones morales en las que hay animales implicados (Herzog, 2012). En estas, presumiblemente, las personas podemos responder de manera más impersonal, con menor implicación emocional.

Harenski, Antonenko, Shane y Kiehl (2009) utilizaron técnicas de resonancia magnética para evaluar diferencias en la actividad neural entre hombres y mujeres cuando realizaban evaluaciones morales. Los autores encontraron que las mujeres tenían mayor actividad neural de las áreas utilizadas en el procesamiento “caliente” (i.e., cíngulo posterior e ínsula), mientras que los hombres mostraban mayor actividad

neural en las áreas encargadas del procesamiento más “frío” (i.e., parietal inferior). Esto sugiere que al evaluar estímulos morales las mujeres se comprometen más en el procesamiento emocional, mientras que los hombres emplearían en más el procesamiento ejecutivo.

Además, los investigadores encontraron que cuando se les solicita a los participantes que expliquen o justifiquen sus elecciones morales frecuentemente no pueden proveer una racionalización adecuada. Esto sucede fundamentalmente cuando las personas tienen intuiciones fuertemente basadas en emociones (Haidt, Bjorklund, & Murphy, 1999). Haidt (2007) destacó cinco fundamentos de las intuiciones morales en las que los humanos tendrían a basar mayormente sus juicios morales: (1) daño/cuidado, (2) justicia/reciprocidad, (3) endogrupo/lealtad, (4) autoridad/respeto, y (5) pureza/inviolabilidad. Los fundamentos de daño/cuidado y endogrupo/lealtad serían que más contribuyen a las actitudes morales que involucran a familiares y seres queridos.

En conclusión, el concepto de juicio moral se refiere a una variedad de finos procesos diferenciados, tanto cognitivos como afectivos. Si bien la psicología moral tradicionalmente ha puesto su foco en el razonamiento, desde hace un par de décadas se han acumulado evidencias que indican que el juicio moral es una cuestión que depende más de una intuición emocional y afectiva que de un razonamiento deliberado, siendo esto más pronunciado en mujeres que en hombres.

3. Dilemas en la relación humano-animal

Existen otras versiones del dilema del tranvía donde se incluyen simultáneamente humanos y animales, donde una de las proposiciones implica sacrificar animales y la otra, humanos. Por ejemplo, el tranvía se dirige hacia un grupo de cinco gorilas en peligro de extinción, pudiendo ser desviado mediante un controlador hacia un hombre joven. Parece una decisión sumamente compleja: además de las cantidades, sabemos que el hombre es joven y que los gorilas están en peligro de extinción (Díaz Videla, 2017a).

Para responder a este tipo de situaciones, nuestro pensamiento frecuentemente confía en reglas generales, rápidas y precipitadas que se denominan heurística. Esta funciona como un atajo que orienta a la toma rápida de decisiones frente a problemas complejos, evitando procesos mentales activos, ahorrando tiempo y esfuerzo. Nuestro pensamiento moral frecuentemente se basa en reglas empíricas parecidas. Si bien las soluciones heurísticas son efectivas en tanto permiten dar respuesta, en ocasiones

conducen a errores de juicio y a equivocaciones en la toma de decisiones (Herzog, 2012).

Tanto en esta, como en otras situaciones que implican humanos y animales, los estudios han encontrado que las personas mayormente deciden salvar la vida de otros humanos antes que las de los animales. Petrinovich, O'Neill y Jorgensen (1993) plantearon múltiples escenarios hipotéticos y encontraron que cuando un ser humano (aunque fuera de 75 años de edad) estaba enfrentado a un animal (incluso siendo los únicos miembros con vida de una especie en peligro de extinción), el ser humano prevalecía.

Este sesgo tendiente a favorecer a otros humanos sólo por la pertenencia a la especie, es lo que se conoce como *especismo*, y parece orientar nuestras decisiones morales cuando se trata de pensar dilemas que involucran humanos y animales.

Petrinovich et al. (1993) no encontraron diferencias significativas entre las categorías demográficas evaluadas (i.e., género, etnia y religión), lo que los llevó a sugerir que el especismo podría ser una tendencia humana universal.

Sin embargo, la perspectiva que indica que los humanos poseeríamos una gramática moral innata que daría primacía a los demás humanos no ha logrado apoyo en la comunidad científica, y actualmente tiende a considerarse que, en caso de efectivamente ser universal, el sesgo de especie dependería fundamentalmente de factores aprendidos.

La comunidad científica parece mostrar más apoyo a la existencia de una tendencia humana natural a dividir nuestro mundo social en dos categorías: nosotros y ellos (e.g., Berreby, 2008). Esto sería discriminar el endogrupo y el exogrupo. En esta diferenciación, los animales se conciben como seres inferiores y los humanos como superiores, a partir de diferencias biológicas.

Las llamadas *Teorías Intergrupo* (ver Tajfel & Turner, 1986) pueden proveer ideas acerca de la dominancia y el conflicto que existe entre humanos y animales, en tanto diversos procesos fundamentales intergrupo (e.g., perjuicio y discriminación) operan en las relaciones humano-animal.

Mientras algunos autores consideran que el especismo –o perjuicio o actitud de sesgo en favor de los intereses de los miembros de la propia especie y en contra de los intereses de las otras especies– no es directamente comparable con el perjuicio y la discriminación hacia otros grupos humanos (i.e., racismo y sexismo), resulta evidente

que diversos factores psicológicos que lo subyacen también sirven para promover y reforzar el perjuicio hacia otros humanos. Estos factores incluyen el poder, el privilegio, la dominancia, el control, el derecho y la necesidad de reducir los conflictos morales (Amiot & Bastian, 2015).

Claramente, los animales han sido clasificados como *ellos* durante la mayor parte de la historia de la humanidad. Sin embargo, los cambios sociales producidos con las migraciones hacia las ciudades y el distanciamiento con las distintas formas de explotación animal, habrían favorecido nuestro cambio de actitud hacia los animales.

Al no necesitar mantener una delimitación rígida entre humanos y animales, que permita la explotación sin entrar en dilemas morales, las personas han permitido una mayor permeabilidad afectiva interespecies. Esta habilita que algunos animales puedan ser incorporados al *nosotros*, sin necesidad de considerarlos como humanos. De este modo, el antropomorfismo del animal y la cercanía emocional percibida hacia este son dos conceptos relacionados, pero claramente diferenciables (Díaz Videla, 2017a).

Entonces, considerando la función de la implicación emocional en las decisiones morales y el posicionamiento ambivalente de los animales de compañía (i.e., simultáneamente miembros de la familia y productos de consumo, incorporados a la cultura humana y salvajes), ¿qué sucede si incorporamos a nuestros animales en el dilema con otros humanos?

4. Animales de compañía versus otros humanos

Cohen (2002) realizó un estudio con custodios de mascotas, clientes de una veterinaria de Manhattan. A dieciséis de ellos les planteó un dilema: les consultó a quién le darían un medicamento que no sea fácil de conseguir; ¿se lo darían a su mascota o a un hombre desconocido? Ocho de ellos se la darían a su mascota, mientras que tres a un humano extraño. El resto tenían respuestas condicionadas. Sin embargo, este dilema no aportaba demasiados datos. Incluía pocos participantes, custodios de mascotas (sin especificar especies), mayormente mujeres, y no era claro ni determinante respecto de la elección de la vida de uno u otro.

Topolski, Weaver, Martin y McCoy (2013) expusieron a un grupo de 573 estadounidenses a dilemas morales hipotéticos, en los cuales debían elegir entre salvar humanos o a una mascota de una muerte inminente. El nivel de relación con el humano estaba graduado en seis estados: turista extranjero, extraño de su ciudad natal, pariente

lejano, mejor amigo, abuelo y hermano. Los autores observaron que la disposición para salvar a la mascota disminuía en la medida en que el nivel de relación entre el participante y el humano se incrementaba. Mientras que un 40.2% indicó que salvaría a su mascota frente a un turista extranjero, solo un 2% indicó que la salvaría frente a su propio hermano. Además, los participantes tenían mayor disposición para salvar a su propia mascota contra humanos, en comparación con la mascota de otros contra humanos (e.g., 12.6% salvaría a la “mascota de otro” frente a un turista extranjero). Aquí también, las mujeres tendían a salvar a sus mascotas en mayor medida que los hombres cuando se trata de humanos no conocidos, pero sin diferencias sobre los conocidos.

Los autores solicitaron, además, justificar sus decisiones. Quienes salvaban a los humanos tendían a referir que la vida humana era más valiosa, motivos religiosos (e.g., alma, superioridad en la creación) y temor a ser juzgados por su elección. Quienes salvaban a su mascota tendían a referir que el animal era parte de sus familias y el amor que se tenían. Además, muchos tendían a lo que llamaron “chivo expiatorio moral”, esto es, racionalizar la elección de modo que queden eximidos de la responsabilidad sobre esta, como que actuarían sin pensar o que el humano sería más inteligente para salvarse solo.

Para Topolski et al. (2013) la decisión de salvar a la mascota sobre otro humano frecuentemente no era racionalizada en tanto tendía a estar influenciada por el sistema de procesamiento caliente. Mientras que, por otro lado, elegir salvar a otro humano daría cuenta de un dominio del sistema frío, que implicaría racionalizar y tomar en consideración normas y tabús sociales.

Finalmente, también en Estados Unidos, Malia, Bohrmann y Poirier (2018) presentaron un dilema similar a un grupo de 122 jóvenes estudiantes, donde estos debían optar por salvar a su mascota o a un humano, en tres situaciones: un niño, un adulto de 40 años, o un anciano de 80 años. Los autores encontraron que la preferencia por salvar al perro se incrementaba con la edad del humano implicado en la situación (i.e., vs niño [6%], adulto de 40 años [33%], adulto de 80 años [40%]). Además, aquí también, las mujeres salvaban a las mascotas en mayor medida que los hombres, pero con tamaño de efecto muy pequeño. En todos los casos, la mayor parte de los participantes indicó que salvaría al humano en cuestión.

Comparándolo con el estudio de Topolski et al. (2013), salvar a los niños elicó un porcentaje de respuesta similar al evocado por salvar a un hermano. Es posible que esto

se deba a que las personas tienden a mayor empatía con los niños en la medida en que los perciben como más indefensos.

Cabe señalar que en estos dos estudios no se discriminó el tipo de mascota implicada. Además, en ambos se les permitió participar a las personas que no tenían mascotas, solicitándoles que se imaginaran tener una. Claramente, la intensidad de la relación desarrollada con un perro de compañía real y actual es marcadamente mayor que la desarrollada con especies relativamente parasociales como los peces (ver Green, Mathews, & Foster, 2009) y, presumiblemente, mayor que la desarrollada con un perro imaginario.

5. Investigando la valoración de la vida de nuestros perros de compañía

A continuación, se describen tres estudios realizados con el objetivo de evaluar la valoración que las personas realizan acerca de la vida de sus perros de compañía. (1) En un primer estudio, se desarrolló una investigación cuantitativa correlacional-descriptiva en la que se investigó una versión del dilema del tranvía en la que se opuso la vida del perro de compañía y la de un humano desconocido; además, se analizó considerando características sociodemográficas y distintas dimensiones de la relación humano-perro informadas por los participantes. (2) En un segundo estudio, de diseño mixto, se planteó una versión del dilema en la que se oponía la vida de un humano desconocido a la de un perro, en tres situaciones diferentes: (a) mi propio perro, (b) el perro de una persona allegada, y (c) el perro de alguien desconocido. Aquí, adicionalmente, se les pidió a los participantes que intentaran justificar sus respuestas. (3) Se desarrolló un estudio cualitativo, descriptivo-fenomenológico, en el que se le solicitó a los participantes que intentaran valorar —de la manera que les fuera posible— la vida de sus animales de compañía.

5.1 Estudio 1. Mi perro versus un humano desconocido.

5.1.1 Método

Este estudio, con diseño descriptivo-correlacional, contó con una muestra incidental de 425 custodios de perros de Ciudad de Buenos Aires, entre 21 y 95 años de edad ($M = 42.96$, $DE = 16.08$), de los cuales 119 fueron hombres y 306 mujeres, representando el 28% y el 72% respectivamente. Además de recabar información sociodemográfica, se evaluaron dimensiones relacionales a partir de adaptaciones de las siguientes escalas:

Antropomorfismo, Interacción Dueño-Perro, Cercanía Emocional Percibida, Costos Percibidos, Voluntad de Adaptación y Beneficios Percibidos¹. Incorporamos una versión del dilema: “Frente a una situación límite, si tuviera que optar entre salvar la vida de mi perro o la de un hombre desconocido, salvaría a mi perro”. Dada esta afirmación, los custodios debían indicar su grado de acuerdo o desacuerdo con la misma en una escala de cinco puntos, siendo el tres una posición neutral.

5.1.2 Resultados

De los 119 participantes que respondieron a este reactivo, un cuarto optó por una posición neutral (25,1%), y mientras un 4.8% se manifestó en desacuerdo (Muy en desacuerdo: 3,8%; En desacuerdo: 1%), el 70,1% de los participantes estuvo de acuerdo con que salvaría a su perro (De acuerdo: 15%; Muy de acuerdo: 55,1%). Ver Figura 1.

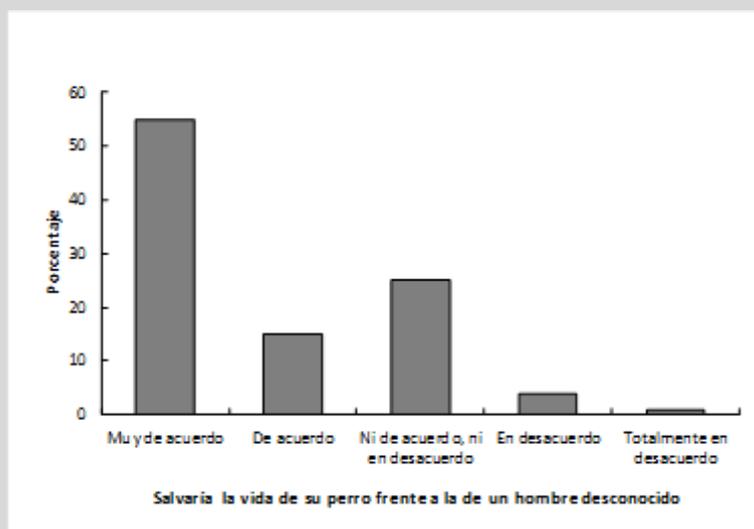


Figura 1. Porcentajes de respuesta al reactivo *Frente a una situación límite, si tuviera que optar entre salvar la vida de mi perro o la de un hombre desconocido, salvaría a mi perro* ($n = 419$). Muy de acuerdo: 55,1%. De acuerdo: 15%. Ni de acuerdo ni en desacuerdo: 25,1%. En desacuerdo: 1% (4 participantes). Muy en desacuerdo: 3,8% (Díaz Videla, 2016).

¹ Antropomorfismo: extraída de Boya, Dotson y Hyatt (2012), refleja el grado en que los dueños les atribuyen características humanas a sus perros y los consideran en términos humanos. Incluye actitudes como considerar al perro como hijo, y comportamientos como festejarle el cumpleaños (α de Cronbach .82). Interacción dueño perro: extraída de Dwyer, Bennett y Coleman (2006) refleja actividades generales relacionadas con ocuparse del perro, como el aseo del mismo, como así también actividades de mayor intimidad, como besar y abrazar al perro. También refleja actividades ligadas a la incorporación del perro en la vida social del custodio, como llevarlo en el auto y llevarlo a visitar gente (α de Cronbach .72). Cercanía Emocional Percibida: extraída de Dwyer et al. (2006), refleja actividades ligadas al apego del custodio hacia el animal de compañía (α de Cronbach .78). Costos Percibidos: extraída de Dwyer et al. (2006), refleja la percepción de los costos de cuidar del animal, incluyendo aspectos monetarios, restricciones e incrementos de responsabilidades para el custodio (α de Cronbach .78). Voluntad de Adaptación: extraída de Dotson y Hyatt (2008), evalúa el grado en que los dueños están dispuestos a hacer cambios para acomodarse a sus perros (α de Cronbach .67). Beneficios Percibidos: extraída de Díaz Videla y Olarte (2016), refleja la percepción de beneficios emocionales e instrumentales que los custodios derivan de la relación con sus perros (α de Cronbach .80). Para más información ver Díaz Videla (2016).

La decisión de salvar la vida de su perro frente a la de un hombre desconocido no se asoció con la edad del custodio ($p > .59$), y sí lo hizo, levemente y de manera negativa, con su nivel educativo ($rs = -.15, p < .01$). La comparación de grupos en función del género del custodio, mostró que las mujeres tenían mayores puntajes de acuerdo en esta afirmación ($z = 4,37, p < .001$). Las personas que no tenían hijos mostraron mayor acuerdo respecto de esta afirmación que quienes sí tenían hijos, difiriendo significativamente entre sí ($z = 2,08, p < .05$). Optar por la vida del perro se asoció negativamente con la cantidad de hijos ($rs = -.11, p < .05$), aunque no mostró asociación con la edad de los hijos, ni con la cantidad de hijos ni personas en el hogar ($ps > .42$). La comparación entre los custodios que cohabitaban con otras personas y los de hogares unipersonales no mostró diferencias respecto de esta afirmación ($p > .28$). Salvar al perro no mostró asociación con la edad del perro al momento de la adopción, con la edad actual del perro, ni con el tiempo de tenencia de ese perro ($ps > .39$). Optar por la vida del perro se relacionó con la cantidad de horas diarias compartidas con este ($rs = .13, p < .01$) y con el porcentaje de la vida del custodio convivido con perros ($rs = .11, p < .05$), aunque no con la cantidad de años convivida con perros ($p > .22$). La comparación de grupos en función del sexo del perro, su esterilización y si pertenecía o no a una raza determinada, no aportó diferencias estadísticamente significativas respecto de esta afirmación ($ps > .10$).

Optar por salvar la vida del perro se relacionó con los puntajes en las escalas Cercanía Emocional Percibida ($rs = .40, p < .001$), Antropomorfismo ($rs = .39, p < .001$), Beneficios Percibidos ($rs = .26, p < .001$), Interacción Dueño-Perro ($rs = .21, p < .001$), y mostró una relación negativa con Costos Percibidos ($rs = -.13, p < .05$). Esta decisión no mostró relación con la Voluntad de Adaptación ($p > .41$).

5.1.3 Conclusiones

El 70,1% de los participantes manifestó que si tuviera que optar por salvar la vida de su perro o la de un hombre desconocido, salvaría a su perro; un cuarto de los custodios adoptaron una posición neutral, mientras que sólo un 8,6% indicó que optarían por salvar a un hombre desconocido.

Que un cuarto de los participantes optaran por una posición neutral destaca el dilema que la situación genera en estos custodios, desafiando el *status quo* de la

distinción humano-animal y la superioridad humana vigente en la sociocultura de tradición judeo-cristiana (ver Ingold, 1994; Serpell & Paul, 1994, 2011). A la regla moral del especismo se le contrapone la regla del afecto, de modo que muchos participantes optaran por no responder en ninguna dirección.

Las mujeres se diferenciaron significativamente de los hombres, indicando en mayor medida que salvarían a su propio perro. Similares diferencias de género en dilemas que involucran humanos y animales ya habían sido informadas (e.g., Malia et al., 2018; Petrinovich et al., 1993; Topolski et al., 2013). Aunque se ha sugerido que este tipo de respuestas dependa mayormente de un sistema de procesamiento neural caliente, o más bien guiado por la emocionalidad, también debemos considerar otros factores. Así, destacamos la influencia de la mayor cercanía emocional y mayor tendencia al antropomorfismo encontrada en mujeres, sumadas a sus más intensas actitudes respecto de brindar cuidados y proteger a los animales (Herzog, 2012; Serpell, 2011).

Si bien suele considerarse que mayores niveles educativos predicen actitudes más positivas hacia los animales (Serpell, 2011), en el presente estudio, a mayor nivel educativo los custodios tendieron a optar más por salvar la vida del hombre desconocido. Esto fue curioso, en tanto no condice con datos previos. Es posible que a mayor nivel educativo las personas tengan mayor tendencia a racionalizar este tipo de situaciones hipotéticas, empleando mayor cantidad de procesos cognitivos que afectivos.

Las personas que tenían hijos se diferenciaron de quienes no los tenían indicando en mayor medida que salvarían al hombre desconocido; y la cantidad de hijos se asoció con una tendencia mayor a salvar al hombre desconocido. Estas respuestas no se asociaron con la edad de los hijos, ni con la cantidad de hijo en el hogar, posiblemente en tanto dependan en gran medida de un sistema de creencias y valores que trasciende la situación vital actual. En este sentido, optar por la vida del perro no mostró relación con el tiempo de convivencia con ese perro, ni con la cantidad de años convividos con perros, pero sí con el porcentaje de la vida del custodio convivido con perros. Esto podría evidenciar la importancia de la experiencia vital relativa, por sobre la experiencia en cantidad de años, respecto de la formación de las actitudes hacia los animales. Que los custodios que tenían hijos, y más aún quienes tenían más hijos, privilegiaran la vida del hombre desconocido puede estar evidenciando un valor diferencial de la vida humana obtenido a partir de la paternidad, la cual puede dar lugar a mayores tendencias

de defensa intragrupo y especismo (ver Díaz Videla, 2017a). De todas formas, estas diferencias fueron poco pronunciadas.

La respuesta a este reactivo no se asoció ni mostró diferencias respecto de ninguna de las características del perro, ni siquiera su edad. Esto apoya la idea de que el procesamiento de la respuesta estuvo mayormente intervenido por procesos afectivos antes que cognitivos. Además, este dato podría reflejar que la respuesta al dilema depende en cierta medida de aspectos ligados a actitudes y valores de los custodios que van más allá de la relación particular que han establecido con sus perros de compañía. De todas formas, la respuesta a este reactivo evidenció asociaciones con las dimensiones y aspectos de la relación humano-perro evaluados. Los custodios que en mayor medida optaban por salvar a su perro mostraron asociaciones moderadas con la proximidad emocional percibida y con la tendencia al antropomorfismo. A su vez, mostraron asociaciones más leves con la intensidad de las interacciones, los beneficios y, negativamente, con los costos de la relación. Estas asociaciones pueden en cierta medida estar dando cuenta de la influencia de las características de la relación particular con ese perro sobre la decisión, aunque también pueden estar evidenciando una disposición actitudinal que lleva a establecer determinados estilos relacionales con los animales.

5.2 Estudio 2. Mi perro, tu perro, el perro, versus un humano desconocido

5.2.1 Método

En este estudio se buscó evaluar las fundamentaciones que los custodios de perros hacían al momento de tener que responder a un dilema complejo en el que deben optar por la vida de su perro de compañía y la de un humano. Para esto se empleó un diseño mixto anidado concurrente de modelo cualitativo dominante (Hernández Sampieri, Fernández Collado, & Baptista, 2006). Se recolectaron y analizaron datos cuantitativos y cualitativos simultáneamente, siendo los primeros secundarios y los segundos centrales para los objetivos. El análisis cuantitativo para los datos se mantuvo en un nivel descriptivo, mientras que el análisis cualitativo estuvo guiado por un diseño descriptivo-fenomenológico.

Manipulamos el grado de relación con el perro de compañía en tres situaciones: (1) mi perro vs un humano desconocido, (2) el perro de un allegado vs un humano desconocido, y (3) el perro de un desconocido vs un humano desconocido. En esta

oportunidad el formato de respuesta fue dicotómico. La formulación del dilema fue “Si solo pudiera salvarle la vida a uno, salvaría a”. Luego de cada pregunta de elección cerrada, se les solicitó a los participantes que justificaran su respuesta del siguiente modo: “¿En qué te basaste para elegir?”, con posibilidad de respuesta abierta.

La recolección de datos se llevó a cabo a través de la red social Instagram. Se indicó que solo podían participar adultos tenedores actuales de perros de compañía, que no había respuestas correctas e incorrectas, y las respuestas no serían compartidas con sus nombres.

En este estudio participaron 278 custodios de perros, de los cuales 160 fueron hombres, 114 mujeres y 4 sin identificar género, representando el 57,5%, 41% y 1,5% respectivamente. Se trató de una muestra de conveniencia, no representativa, presumiblemente constituida en su mayoría por custodios de perros responsables y afectuosos.

Para evaluar las diferencias de género en las respuestas a las situaciones, se utilizó la prueba Chi Cuadrado de Pearson, estableciendo un nivel de significación alpha en 0.05.

Dada la complejidad de los dilemas planteados se consideraron todos los protocolos de respuesta, incluso cuando estos no estaban completos.

5.2.2 Resultados

En todas las situaciones planteadas la elección del perro prevaleció por sobre la elección del humano. Adicionalmente, el grado de proximidad vincular con el perro mostró un efecto sobre la decisión de salvarlo (ver Figura 2).

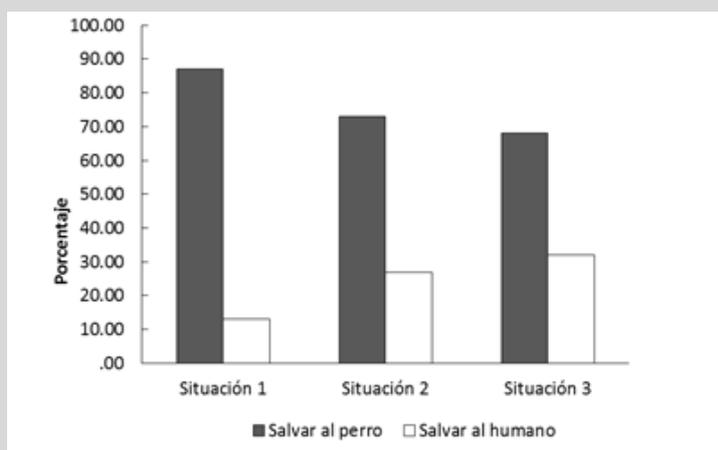


Figura 2. Porcentajes de respuesta frente a las tres situaciones ($n = 278$). Situación 1: Mi perro (87%) vs. Humano desconocido (13%). Situación 2: El perro de un allegado (73%) vs. Humano desconocido (27%). Situación 3: El perro de un desconocido (68%) vs Humano desconocido (32%).

Exploramos las diferencias de género, las cuales fueron estadísticamente significativas para las tres situaciones, con más hombres que mujeres indicando que salvarían al humano desconocido, de manera más marcada en la medida en que el grado de vinculación con el perro disminuía: Situación 1: $X^2[1] = 6.01, p < .05$; situación 2: $X^2[1] = 12.46, p < .001$; situación 3: $X^2[1] = 17.91, p < .001$).

Se analizaron luego las justificaciones que las personas brindaron a las respuestas en las distintas situaciones. Algunos participantes no respondieron al pedido de fundamentación, o bien no lograron dar una justificación adecuada. Por ejemplo, “no supe o animé a contestar por culpa” o bien “se salvan los dos”, “[me basé] en nada, fue muy difícil” o “no puedo explicarlo, solo sería así, sin explicación”

El análisis de las respuestas permitió establecer cuatro dimensiones donde se manifestaron las experiencias de los custodios frente al requerimiento de valorar la vida de sus animales. Las personas tendían a justificar sus elecciones de salvar la vida del humano desconocido o del perro implicado a partir de los fundamentos: (1) chivo expiatorio moral; (2) conexión afectiva/relacional; (3) sesgo de especie; y (4) deber/reciprocidad:

(1) Chivo expiatorio moral: aquí la fundamentación exime —en cierta medida— de la elección. Los participantes la utilizaron en las diferentes situaciones, sea que salvaran al perro o al humano. Por un lado, indicaron que se verían impulsados a eso, relativizando su accionar voluntario: “Por impulso”, “No podría no hacer nada por el perro”, “Una parte de mí lo haría sin dudar” o “Creo que la situación me llevaría a eso”. Además, muchos participantes justificaron salvar al perro en las distintas situaciones a partir de que el humano contaría con más recursos para poder salvarse y el perro con menos: “Tiene menos posibilidades de salvarse a sí mismo”, “Los humanos tienen muchas opciones y los animales tienen poca ayuda, no son escuchados” o “El humano tiene posibilidad de salvarse por sí mismo”

(2) Conexión afectiva/relacional: dado que en las tres situaciones el humano era desconocido, esta dimensión de fundamentación sólo se manifestó en favor de la elección de salvar al perro. Fue más empleada en la primera situación que en la segunda, y no fue empleada en la tercera. Frente a la primera situación, los participantes destacaron el vínculo con sus animales de distintas formas: “Prefiero tener a mi perra conmigo que a un desconocido que no tengo relación”, “Mi perro porque es alguien de mi familia. Como decir: ¿mi hermana o un desconocido?”, o

bien, simplemente “Porque es mi perro”. En la segunda situación destacaron tanto el conocimiento del animal como el vínculo con el allegado: “Conexión afectiva con el dueño del perro”, “Ayudar a mi allegado”, “La felicidad de mi allegado”, o bien, indicaron no salvar al humano “Porque no lo conozco”. Algunos también se basaron en la conexión directa del animal en esta situación: “Los perros de mis allegados también son familia” o “Porque me relaciono con los animales de mis allegados”.

El afecto en el vínculo con el perro también estuvo marcadamente presente en la primera situación donde los participantes destacaron la “conexión afectiva” y el “amor”. Un participante indicó: “Amo a mis mascotas, y uno antepone a quien ama”. Algunos participantes, también mencionaron el afecto al animal en la segunda situación: “Al perro de cualquier allegado lo aprecio como al mío”

(3) Sesgo de especie: a diferencia del especismo —o al menos del uso más frecuente del término, como sesgo a favor de otros humanos— aquí también los participantes favorecían a los perros o ejercían perjuicio contra humanos por el solo hecho de la pertenencia a la especie, fundamentalmente a partir de un rasgo que identificaban como generalidad de la especie. Esta dimensión se hizo presente en las tres situaciones. Los humanos fueron favorecidos a partir de destacar la especie o la condición no-humana en fundamentaciones como “[nombre] es un *fucking* perro” o “es un animal”. Este especismo se hizo más presente en la medida en que el grado de conocimiento del animal disminuía. Así, algunos participantes indicaron: “El perro es del allegado, no es mío. Si no es por amor, priorizo la vida humana”, “Aunque sean lo mejor, la vida humana la pongo por encima” o “En la valoración que tengo de las personas” o “[el humano] tiene mayor expectativa de vida”. Llamativamente, la pertenencia a la especie también orientó la decisión de algunos participantes a salvar al perro —o a no salvar a los humanos— con fundamentaciones como: “Todos los perros son valiosos. Los humanos, no tanto”, “Son mucho mejores que las personas y mucho más nobles”, “Los perros son el amor más leal del mundo”, “Valen mucho más que muchos humanos” o “Un humano que no conozco no es digno de mi entera confianza como sí lo es un animal”.

Un participante destacó inclusive la competencia con otros miembros de su especie en la situación 1: “Mi perra me ayuda a cazar. El humano querría comerse

mi comida”; en la situación número 2 indicó “Quizá el perro me caiga mejor que un humano que no conozco”. Finalmente, en la situación 3 refirió que “Los perros son mejores que los humanos”, destacando claramente su sesgo de especie.

(4) Deber/reciprocidad: en este caso, los participantes indicaron sentirse compelidos a tomar un tipo de decisión, sea por perceptos sociales, sentido de ética y justicia, o bien por responsabilidad u obligaciones morales de brindar reciprocidad en el vínculo. Eso se manifestó en todas las situaciones, sea que eligieran salvar al humano o al perro. En el primer caso algunos indicaron “Es lo que creo que corresponde y me gustaría que pase si el humano es un familiar mío”, “En el prójimo, ese humano debe tener familia”, “Soy bombero”, “Mi religión tira”, “Quisiera que hagan lo mismo por mí” o, simplemente, por “Ética”. En el caso de elegir al perro, los participantes indicaron “Soy responsable de la vida de mi perro”, “No podría traicionarlo, siendo que a mí nunca me abandonaría”, “Si mi vida corriera peligro, [nombre del perro] nunca me traicionaría”, “Se lo debo” o bien, “Somos lo peor para los animales, les debemos uno y mil rescates”.

Las fundamentaciones de conexión afectiva y de deber/responsabilidad estuvieron más presentes en la primera situación, tendiendo luego a dar lugar a las demás o a una falta de justificación. El chivo expiatorio moral y el sesgo de especie fueron más marcados en la medida en que el grado de relación con el animal disminuía.

5.2.3 Conclusiones

El hecho de que en las tres situaciones planteadas prevaleciera la elección del perro por sobre el humano desconocido da cuenta de diversos factores. En principio, nos remite al sesgo muestral animalista, poniendo de relieve el peligro de intentar generalizar estos datos a la población general. Sin embargo, da cuenta de las actitudes antiespecistas de este subgrupo de tenedores de perros, el cual está constituido mayormente por amantes de los animales de compañía.

Si bien otros estudios habían mostrado que el grado de vinculación con el humano influía en la decisión frente al dilema (Topolski et al., 2013), este estudio mostró que el grado de vinculación con el perro también lo hace.

Al igual que el estudio previo y que otros estudios (Malia et al. 2018; Topolski et al., 2013), las mujeres tendieron en mayor medida a salvar a los perros. Además, las diferencias fueron más pronunciadas en la medida en que el grado de vinculación con el perro disminuía.

Al racionalizar las respuestas algunos participantes acudieron a lo que Topolski et al. (2013) llamaron “chivo emisario moral”, donde la elección parecía librarse de su responsabilidad a partir de indicar que actuarían sin pensar o que el humano tendría más posibilidad de salvarse solo. Las otras dimensiones relacionales establecidas fueron: conexión afectiva/relacional; sesgo de especie; y deber/reciprocidad. Estas dimensiones aplicaron tanto cuando se trataba de responder en favor del humano desconocido o del perro.

Si bien la dimensión referida a la conexión relacional y afectiva no se manifestó en este estudio en torno a la elección del humano, esto se debió claramente a que en todas las opciones se aclaraba que no había vinculación con el humano. El grado de proximidad relacional con los humanos fue la dimensión destacada por Topolski et al. (2013) como determinante al momento de elegir salvar a los perros sobre los anteriores.

En tanto no encontramos dimensiones de respuestas diferenciales, nuestros datos no apoyan la idea de que salvar a los humanos dependa de un procesamiento más frío u objetivo, y que salvar a los perros dependa de un procesamiento más bien caliente o emocional.

5.3 Estudio 3. ¿Cuánto vale mi animal de compañía?

5.3.1 Método

En este tercer estudio el objetivo estuvo en torno a evaluar el sistema de valoración de los animales de compañía, más allá de la comparación directa con los humanos. Es decir, ¿de qué manera (re)conceptualizan el valor del animal? ¿Qué parámetros utilizan para cuantificar el valor de estos animales con los que se vinculan?

Se desarrolló así un estudio con diseño cualitativo, descriptivo-fenomenológico, para analizar las respuestas (Hernández Sampieri et al., 2006) a una pregunta tendiente a cuantificar la valoración que los custodios hacen de la relación con sus animales de compañía. La misma fue planteada a través de la red social Instagram de la siguiente forma: “¿Cuánto vale la vida de tus animales?”. Adicionalmente, se aclaró que solo podían participar adultos tenedores actuales de animales de compañía (i.e., perros o

gatos), que no había respuestas correctas e incorrectas, y que si las respuestas no serían compartidas con sus nombres. En este caso, se permitió que participaran también tenedores de gatos, en la medida en que el diseño era netamente cualitativo.

Todas las respuestas, de carácter abierto, debían enviarse por mensaje privado. Excluí del análisis las respuestas de todos aquellos que yo conocía personalmente, para homogeneizar la muestra. Consideré así las respuestas de 70 personas (44 varones y 26 mujeres), todos adultos, tenedores de animales de compañía.

5.3.2 Resultados

El análisis de las respuestas permitió establecer seis dimensiones donde se manifestaron las experiencias de los custodios frente al requerimiento de valorar la vida de sus animales. La vida de los animales era estimada como: (1) invaluable, (2) patrimonio, (3) roles y funciones, (4) vida, (5) humana, y (6) propia:

(1) Invaluable: algunos custodios no lograron estimar o cuantificar el valor de la vida de sus animales de compañía. Entre estos, muchos optaron por respuestas donde no constaban parámetros, por ejemplo: “Mucho” o “Demasiado”. Otros, negaron directamente la posibilidad de cuantificación, indicando, por ejemplo, que era “Invaluable”, “No tiene precio” o “Inconmensurable”. Un custodio indicó: “Nada, es imposible que la vida de mi perro tenga precio”.

(2) Patrimonio: algunos custodios establecieron el valor de sus animales con relación a otros bienes (materiales o inmateriales): “Valen oro”, “Todo lo que tengo” o “No los cambiaría por nada en el mundo”. Ningún custodio fijó un precio en pesos. Algunos hablaron acerca de lo que estaban dispuestos a resignar por preservar a sus animales. Uno de ellos mencionó la pancreatitis crónica de su perra de 11 años indicando que solo por su tratamiento, esta requiere un gasto de \$4.000 mensuales. Él indicó: “Prefiero cagarme de hambre antes de no tenerla conmigo”. Otro custodio mencionó que su perro anciano de 15 años había quedado ciego y lloraba cuando no estaba acompañado. Este custodio indicó que su familia está organizada para que el animal nunca quede solo, y que, para esto, él debía resignar actividades cuando no podían garantizarle una compañía al perro: “Valen todo mi tiempo libre y más”.

(3) Roles y funciones: algunos custodios estiman el valor del animal a partir de lo que el animal les brinda. Muchos lo hacen a partir del rol asignado: “Es un miembro de mi familia”; “Son como hijos para mí”; “Son mis hijos, mis amigos,

mis compañeros de estudio, son los que realmente están siempre”. Otros destacan funciones que el animal cumple y lo que les provee: “Son quienes me esperan cuando llego y por quienes vuelvo”; “Nunca tuve un cariño tan sincero”; “Son mi alegría, mi sonrisa día a día”; “Todas las lágrimas y sonrisas”. En relación con la provisión del animal, algunos destacaron lo que ocasionaría su pérdida. Así, hubo custodios que se refirieron al temor a perder a sus animales o bien, que anticipan el momento de su pérdida como traumático. Por ejemplo, indicaron: “Me da terror solo pensar que un día morirán” o “Son lo que más temo perder”.

(4) Vida: algunos custodios hicieron referencia a un valor intrínseco de la vida. Estos indicaron que la vida de sus animales tenía el mismo valor que cualquier otra vida. Vale aclarar que este tipo de respuestas no parecía estar ligada a una indiferencia o actitud displicente, sino que se relacionaba con una actitud de respeto por la vida e igualdad con independencia de las especies, con un sentido más bien espiritual. Así, indicaron respuestas del tipo “Como cualquier ser viviente” o “Lo mismo que cualquier otra vida, con el respeto y el cuidado que implica un ser”. Una custodio indicó: “Lo mismo que todo ser vivo que quiero”; donde valorizó el afecto por esa forma de vida, sin considerar la especie.

(5) Humana: algunos custodios establecieron el valor de la vida de sus animales a partir de equiparlo a la vida de otros humanos. Varios tenedores hicieron referencia a la especie humana en general: “Lo mismo que la vida humana” o “Como la vida del humano. Ellos no hablan, pero están a la par nuestra”. Otros establecieron un parámetro con un grupo particular de humanos: “Como cualquier otro miembro de la familia”, “Tienen tanta importancia como la vida de la gente que más valoro (familias, amigos o mi vida)”, o bien, una custodio indicó: “En mi caso, lo mismo que mis hijas. Es un hijo más”.

(6) Propia: estos custodios tomaron como parámetro su propia vida. Algunos equipararon el valor de ambas vidas: “La vida de mis animales vale la mía”; “Más que la mía (por más que siempre me salió más caro el collar que el perro”; “Para mí vale mi vida sin miedo a ser extremista. Yo daría mi vida por la de él (...) y sé que él haría lo mismo”. Otros custodios indicaron el valor vital de sus animales para ellos: “Son mi vida” o “Si les pasara algo, me muero”; un custodio indicó inclusive que su vida dependía de ellos: “No me suicido porque los tengo a ellos”.

5.3.3 Conclusiones

La clasificación establecida nos permite aproximarnos a cómo los custodios reconceptualizan el valor de sus animales una vez que los mismos fueron adquiridos. Muchos de ellos no compraron a sus animales inicialmente. Sin embargo, aun quienes sí lo hicieron, los excluyeron de consideraciones económicas luego, para pensar en otras formas de valorizarlos.

Si bien pocos custodios no lograron valorar la vida de sus animales, la mayoría sí logró hacerlo. Para esto, utilizaron parámetros de otras posesiones, tanto materiales (e.g., todo lo que tengo) como inmateriales (e.g., todo mi tiempo libre). Otros custodios indicaron el rol que ellos ocupan (e.g., hijos o amigos) o lo que el animal les provee (e.g., cariño sincero o alegría) y lo que perderían si no los tuvieran. Mientras que algunos custodios indicaron que toda vida merecía la misma consideración, otros equipararon la vida de sus animales a la vida de los humanos en general o bien hacia grupos de humanos en particular (e.g., familia, hijos o amigos). Finalmente, un grupo de custodios equiparó el valor de la vida de sus animales con su propia vida, o bien indicó que perdería su vida si no los tuviera.

Una limitación del estudio es no haber indagado el modo de adquisición de los animales, lo cual podría aportar datos significativos, sobre todo, respecto de quienes sí partieron de asignar un valor monetario a sus animales. Esta omisión se debió, en parte, a que la oposición que circula en nuestro imaginario social respecto de comprar vs. adoptar animales, en la práctica resulta problemática. En un estudio previo (Díaz Videla, 2016) se intentó establecer comparaciones en función de esto, pero las mismas acabaron por ser desestimadas dada la complejidad y multiplicidad de formas en la adopción de animales de compañía. Por ejemplo, algunos custodios habían comprado animales para rescatarlos de situaciones de maltrato (algunos de los cuales estaban a la venta y otros no). Así también, muchos habían recibido a sus animales de regalo, los cuales habían sido comprados, pero ellos no estaban de acuerdo con la compra de animales. Así también, algunos solo querían animales de raza, aunque los habían conseguido gratuitamente.

Por otro lado, la pregunta planteada es hipotética y no es factible que tenga un correlato directo en la vida diaria. Sin embargo, refleja actitudes hacia los animales que sí se traducen en conductas, las cuales muchas veces, conducen a los custodios a

situaciones paradójicas o dilemas. Por ejemplo, al momento de demandar a un criador con una falla en el animal (ver Díaz Videla, 2017b).

A su vez, nos convoca para cuestionarnos la comercialización de animales de compañía. A diferencia de otras formas de posesión, el objetivo de la tenencia de mascotas es la relación que desarrollamos con ellos. Cuando la incorporación de un animal es efectiva, estos animales parecen perder su valor económico por otra forma de cotización. Esta forma, a la cual tendemos, sería independiente de si el animal fue originalmente comprado o no, o de su precio. Además, los estudios muestran que la calidad relacional percibida por los custodios no depende de si los animales son o no de razas (ver Díaz Videla & Olarte, 2017). Entonces, ¿cuál es el sentido de la compra?

Esta pregunta incluye múltiples factores, tanto culturales como individuales, que quienes investigamos sobre los vínculos humano-animal de compañía —y más aún, quienes promovemos el bienestar animal general— nos debemos encargar de desarticular.

5. Conclusiones generales

El juicio moral se refiere a una variedad de finos procesos diferenciados, tanto cognitivos como afectivos. Si bien la psicología moral tradicionalmente ha puesto su foco en el razonamiento, las evidencias más recientes indican que el juicio moral es una cuestión que depende más de una intuición emocional y afectiva que de un razonamiento deliberado, y que este efecto es más pronunciado en mujeres.

El estudio del juicio moral se ha valido de la utilización dilemas planteados como experimentos mentales. Al contraponer humanos y animales en estas situaciones hipotéticas, se ha destacado al especismo como la regla heurística que mayormente guía las decisiones morales. Sin embargo, el rol dual de los animales de compañía no ha sido evaluado en estas situaciones.

Pese a las concepciones dicotómicas humano-no humano imperantes en la cultura, el 70.1% de los participantes del estudio 1 manifestó que optaría por salvar la vida de su perro frente a la de un hombre desconocido. En el estudio 2, entre el 68% y 87% de los participantes salvarían a perros antes que a humanos desconocidos, dependiendo de la proximidad vincular con el animal. Los datos evidencian la relativización que estos custodios hacen acerca de la separación entre lo humano y lo

animal, y llaman la atención sobre la necesidad de una mayor consideración de estos animales y de que los vínculos con estos cobren estatuto bajo la ley. Claramente, las muestras no pueden generalizarse al total de la población, sino que consideraron fundamentalmente amantes de animales de compañía. De todas formas, este colectivo es numeroso y requiere su reconocimiento.

Estos estudios apuntan además, en dirección a la relativización del valor sagrado de la vida humana, como algo cualitativamente diferente del resto de las formas de vida del planeta. Esto estaría favorecido por la menor influencia actual de la normativa religiosa, así como la menor hegemonía de las filosofías antropocéntricas. Al analizar las justificaciones a las respuestas a los dilemas planteados en la situación 2, se identificaron las dimensiones conexión afectiva/relacional, sesgo de especie y deber/reciprocidad. Las mismas implican factores comprendidos en las dimensiones daño/cuidado y endogrupo/lealtad destacadas por Haidt (2007). Sin embargo, en el estudio 2, se evidenció que el endogrupo podía ser configurado más allá de la pertenencia a la misma especie, y que el sesgo de especie también podía operar en algunas personas en dirección a favorecer a otro tipo de animales como los perros.

La otra dimensión destacada fue “el chivo emisario moral” donde muchos participantes indicaron que elegirían al perro entendiendo que el humano contaría con más recursos para salvarse a sí mismo. Esto se encuentra en sintonía con lo destacado por Levin et al. (2017) acerca del efecto perturbador que produce en las personas entender que las víctimas son indefensas. Su contrapartida, sería entender que el hecho de entender que las víctimas tienen recursos para defenderse y, por consiguiente, tienen responsabilidad en su victimización disminuiría el malestar generado por la situación. El mecanismo/sesgo de culpabilizar a las víctimas ha sido ampliamente descrito (ver Janoff-Bulman, Timko, & Carli, 1985), y parece estar implicado en decisiones morales donde priorizamos a los animales por sobre otros humanos. Este punto, requiere investigación específica.

En los estudios 1 y 2 las mujeres mostraron diferenciarse significativamente de los hombres en respuestas a los dilemas con mayor tendencia a salvar a perros que a humanos; más aún, en la medida en que no había un vínculo afectivo con el animal. Esta tendencia a actitudes proteccionistas y más favorables hacia el trato de las demás especies ha sido descrita en la literatura (e.g., Amiot & Bastian, 2017; Hills, 1993; Miura, Bradshaw, & Tanida, 2000; Wells & Hepper, 1997). De todas formas, los datos no

permiten apoyar que las mujeres se comprometan en mayor medida al procesamiento emocional para evaluar estímulos morales.

El estudio 3 destacó el valor intrínseco de la vida de los animales de compañía. De todas formas, algunos custodios de animales apelaron a la comparación directa con la vida de humanos. Si bien algunos custodios cotizaron la vida de sus animales a partir de su patrimonio, en ningún caso hicieron mención a un precio determinado. Es decir que en los casos en que la incorporación de un animal de compañía a la vida de un custodio es efectiva, estos animales se apartan de las valoraciones económicas y, en cierto sentido, las vuelven cuestionables. Esto puede ser empleado al momento de favorecer la adopción de animales por sobre la compra, en la medida en que si la valoración económica de un ser vivo con el que se establece un vínculo es cuestionable luego de que el vínculo ha sido establecido, de la misma manera puede cuestionarse su comercialización inicial. Además, ningún custodio hizo mención a la raza del animal al momento de valorar su vida. Este aspecto también puede ser utilizado para favorecer la adopción de animales con independencia de su subespecie, o raza, lo cual se encuentra en sintonía con el cuestionamiento de las actitudes clasistas y especistas a nivel social. Algo similar se evidenció en el estudio 1, donde la respuesta al dilema no estuvo asociada ni mostró diferencias respecto de ninguna de las características del perro, ni siquiera su edad.

Finalmente, resultó llamativo que las personas que tenían hijos se diferenciaban de quienes no los tenían indicando en mayor medida que salvarían al hombre desconocido, siendo que estas respuestas no estaban relacionadas con la edad de la descendencia. Es posible que estas respuestas dependan en gran medida de un sistema de creencias y valores que trasciende la situación vital actual. Que los custodios que tenían hijos privilegiaran la vida del hombre desconocido puede estar evidenciando un valor diferencial de la vida humana obtenido tras la paternidad, lo que daría lugar a mayores tendencias de defensa intragrupo y especismo. En decir, la paternidad podría disminuir la permeabilidad afectiva interespecie, reforzando la distinción “nosotros y ellos”, y la tendencia a priorizar a otros humanos por sobre el resto de los animales.

Los resultados de estos estudios pueden enmarcarse en una tendencia cultural incipiente llamada posthumanismo, desde la cual se destaca la necesidad de comprender el mundo desde perspectivas múltiples y heterogéneas. Esta tendencia proclama la relevancia de las relaciones polivalentes establecidas por los humanos, tanto con miembros de su especie como con otros animales, así como con plantas y máquinas.

Estamos en una época de transición, en la cual las conductas hacia los animales se están modificando. Continuamente y desde distintos ámbitos, surgen cuestionamientos hacia el especismo y nuestro trato hacia las demás especies.

Estos debates están orientados por una diversidad de actores sociales, que incluyen proteccionistas, defensores de los derechos animales y movimientos ligados al veganismo, pero a su vez, cada vez son más los custodios de animales de compañía que inician los debates. Personas que nunca se habían comprometido en la protección de los animales, comparten gatos y perros en adopción en sus redes sociales, firman petitorios para cancelar espectáculos donde se lastima a los animales y se muestran marcadamente en contra de la realización de festivales de comida de carne de perro en Corea.

Claramente, la estrecha relación que las personas forjamos con los animales con los que elegimos convivir, nos acerca a considerar la realidad de la mayor parte de los animales que se encuentra bajo el dominio humano. Al hacerlo, nos confronta con las actitudes contradictorias y dilemas, debido a la posición paradójica de las mascotas en el mundo.

Es evidente que el afecto y el cuidado hacia un animal de compañía en particular no aportan directamente al bienestar animal global. Sin embargo, las mascotas han sido destacadas como embajadoras de los demás animales (Serpell, 1996) y de manera indirecta sí pueden hacerlo. Las actitudes positivas hacia un espécimen conducen hacia la generalización de las actitudes positivas hacia la especie y, finalmente, trascender el especismo considerando a todos los demás animales.

Futuras investigaciones podrán evaluar la respuesta a los dilemas de maneras que estilen diversos sentidos de las personas, en lugar de realizarlo solo mediante un experimento mental. Si bien el dilema del tranvía no podría realizarse en un plano real, la implementación de recursos audiovisuales podría hacer la experiencia más vívida y realista, aunque, claramente, sería muy perturbadora para los participantes.

Adicionalmente, el empleo de muestras representativas de la población general permitirá determinar la presencia social de las actitudes antiespecistas. Las mismas parecen estar invisibilizadas en distintos colectivos, aunque, posiblemente, estén en cierta medida presentes a lo largo de toda la sociedad.

Bibliografía

- American Pet Products Association. [APPA]. (s.f.). Pet industry market size & ownership statistics. Disponible en: http://www.americanpetproducts.org/press_industrytrends.asp.
- American Veterinary Medical Association. [AVMA]. (2012). *U.S. pet ownership & demographics sourcebook*. Schaumburg, IL, American Veterinary Medical Association.
- Amiot, C. E., & Bastian, B. (2015). Toward a psychology of human–animal relations. *Psychological Bulletin*, 141(1), 6-47.
- Amiot, C. E., & Bastian, B. (2017). Solidarity with animals: Assessing a relevant dimension of social identification with animals. *PloS one*, 12(1), e0168184.
- Anderson, P., Beaudoin, J., Castro, J., González, B., Landi, P., Marcos, E., & Molina, J. (1996). Relevamiento demográfico de animales domésticos en la Ciudad de Buenos Aires (1994). *Revista de Medicina Veterinaria*, 77(3).
- Archer, J. (1997). Why do people love their pets? *Evolution and Human behavior*, 18(4), 237-259.
- Berreby, D. (2008). *Us and them: The science of identity*. New York: University of Chicago Press.
- Bovisio, M., Fuentes, V., González, B. B., Lencinas, O. E., Mestres, N. A., Rodríguez, O., ... & Marcos, E. R. (2004). Relevamiento demográfico de animales domésticos en la Ciudad de Buenos Aires. Año 2004. *Trabajo original. Instituto de Zoonosis Luis Pasteur*.
- Boya, U. O., Dotson, M. J., & Hyatt, E. M. (2012). Dimensions of the dog–human relationship: A segmentation approach. *Journal of Targeting, Measurement and Analysis for Marketing*, 20(2), 133-143.
- Cohen, S. P. (2002). Can pets function as family members?. *Western Journal of Nursing Research*, 24(6), 621-638.
- Díaz Videla, M. (2016). *La relación humano-perro de compañía: Estudio descriptivo en Ciudad Autónoma de Buenos Aires* (Tesis doctoral). Universidad de Flores. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

- Díaz Videla, M. (2017a). *Antrozología y la relación humano-perro*. Buenos Aires: Irojo.
- Díaz Videla, M. (2017b). ¿Qué es una mascota? Objetos y miembros de la familia. *Ajayu Órgano de Difusión Científica del Departamento de Psicología UCBSA*, 15(1), 53–69.
- Díaz Videla, M., Olarte, M. A., & Camacho, J. M. (2015). Antrozología: Definiciones, áreas de desarrollo y aplicaciones prácticas para profesionales de la salud. *European Scientific Journal*, 11(10), 185-210.
- Díaz Videla, M., & Olarte, M. A. (2016). Animales de compañía, personalidad humana y los beneficios percibidos por los custodios. *PSIENCIA. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 8(2), 1-19.
- Díaz Videla, M., & Olarte, M. A. (2017). Dogs' demographic characteristics associated with relationship differences perceived by the guardian. *European Scientific Journal*, 13(15), 218-232.
- Dirección General de Estadística y Censos. [DGEyC]. (2016). Informe módulo de Tenencia responsable y sanidad de perros y gatos. Encuesta anual de hogares 2014. *Ministerio de Hacienda, Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Disponible en: <https://www.estadisticaciudad.gob.ar>
- Dotson, M. J., & Hyatt, E. M. (2008). Understanding dog–human companionship. *Journal of Business Research*, 61(5), 457-466.
- Dwyer, F., Bennett, P. C., & Coleman, G. J. (2006). Development of the Monash Dog Owner Relationship Scale (MDORS). *Anthrozoös*, 19(3), 243-256.
- European Pet Food Industry Federation. [FEDIAF]. (2014). Facts and figures. Disponible en: <http://www.fediaf.org/facts-figures/>
- Foot, P. (1967). The Problem of Abortion and the Doctrine of the Double Effect. *Oxford Review*, 5, 5–15.
- Green, J. D., Mathews, M. A., & Foster, C. A. (2009). Another kind of “interpersonal” relationship: humans, companion animals, and attachment theory. En E. Cuyler & M. Ackhart (Eds.), *Relationships and psychology: A practical guide* (pp. 87-108). New York: Novo Science Publishers.
- Greene, J., & Haidt, J. (2002). How (and where) does moral judgment work?. *Trends in cognitive sciences*, 6(12), 517-523.

- Haidt, J. (2007). The new synthesis in moral psychology. *Science*, 316(5827), 998-1002. doi: 10.1126/science.1137651
- Haidt, J., Bjorklund, F., & Murphy, S. (1999). Moral dumbfounding: When intuition finds no reason. *Unpublished manuscript*, University of Virginia, Charlottesville, VA.
- Harenski, C. L., Antonenko, O., Shane, M. S., & Kiehl, K. A. (2008). Gender differences in neural mechanisms underlying moral sensitivity. *Social cognitive and affective neuroscience*, 3(4), 313-321. doi: 10.1093/scan/nsn026
- Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, F., & Baptista, P. (2006). *Metodología de la investigación*. México: McGraw Hill.
- Herzog, H. A. (2012). *Los amamos, los odiamos y... los comemos: Esa relación tan especial con los animales*. Barcelona: Kairós.
- Hills, A. M. (1993). The motivational bases of attitudes toward animals. *Society & Animals*, 1(2), 111-128.
- Ingold, T. (1994). From trust to domination: An alternative history of human-animal relations. En A. Manning & J. Serpell (Eds.) *Animals and Human Society: Changing Perspectives* (pp. 1-22). London: Routledge.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. [INDEC]. (2001). Censo Nacional de Población y Vivienda 2001. Ministerio de Economía, República Argentina. Disponible en: <http://www.indec.gov.ar>
- Janoff-Bulman, R., Timko, C., & Carli, L. L. (1985). Cognitive biases in blaming the victim. *Journal of Experimental Social Psychology*, 21(2), 161-177.
- Kahane, G., Everett, J. A., Earp, B. D., Farias, M., & Savulescu, J. (2015). 'Utilitarian' judgments in sacrificial moral dilemmas do not reflect impartial concern for the greater good. *Cognition*, 134, 193-209.
- Levin, J., Arluke, A., & Irvine, L. (2017). Are People More Disturbed by Dog or Human Suffering?: Influence of Victim's Species and Age. *Society & Animals*, 25(1), 1-16.
- Malia, L. M., Bohrmann, M. A., & Poirier, C. R. (2018). The effects of age and sex on Saving pets over humans. *Psi Chi Journal of Psychological Research*, 23(4), 306-310.

- Miura, A., Bradshaw, J. W., & Tanida, H. (2000). Attitudes towards dogs: A study of university students in Japan and the UK. *Anthrozoös*, 13(2), 80-88.
- Páramo, P., & Galvis, C. J. (2010). Conceptualizaciones acerca de los animales en niños de la sociedad mayoritaria y de la comunidad indígena Uitoto en Colombia. *Folios, Bogotá*, 32, 111-124.
- Petrinovich, L., O'Neill, P., & Jorgensen, M. (1993). An empirical study of moral intuitions: Toward an evolutionary ethics. *Journal of personality and social psychology*, 64(3), 467.
- Real Academia Española. (2014). Dilema. En *Diccionario de la lengua española* (23.a ed.). Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=Yy91IUI>
- Sandøe, P., Corr, S., & Palmer, C. (2016). *Companion Animal Ethics*. New York: John Wiley & Sons.
- Serpell, J. A. (1996). *In the company of animals: A study of human-animal relationships*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Serpell, J. A. (2011). Human-Dog relationships worldwide. *Dog population Management*, 15(2), 49-56.
- Serpell, J. A. (2016). History of companion animals and the companion animal sector. *Companion Animal Ethics. John Wiley & Sons*, 1, 8-23.
- Serpell, J. A., & Paul, E. (1994). Pets and the development of positive attitudes to animals. En A. Manning & J. A. Serpell (Eds.), *Animals and human society: Changing perspectives* (pp. 127-144). London: Routledge.
- Serpell, J. A., & Paul, E. (2011). Pets in the family: An evolutionary perspective. En C. A. Salmon, & T. K. Shackelford (Eds.) *The Oxford handbook of evolutionary family psychology* (pp. 298-309). Oxford University Press.
- Sheldrake, R. (2008). *De perros que saben que sus amos están camino de casa y otras facultades inexplicables de los animales*. Barcelona: Paidós.
- Tajfel, H., & Turner, J. C. (1986). The social identity theory of inter group behavior. In S. Worchel & W. G. Austin (Eds.), *Psychology of intergroup relations* (pp. 7-24). Chicago: Nelson-Hall.

El valor de la vida de los animales de compañía: El vínculo humano-animal, más allá del especismo y de consideraciones económicas.

Marcos Díaz Videla



- Topolski, R., Weaver, J. N., Martin, Z., & McCoy, J. (2013). Choosing between the emotional dog and the rational pal: A moral dilemma with a tail. *Anthrozoös*, 26(2), 253-263. doi: 10.2752/175303713X13636846944321
- Wells, D. L., & Hepper, P. G. (1997). Pet ownership and adults' views on the use of animals. *Society & Animals*, 5(1), 45-63.

MARCOS DÍAZ VIDELA

Dr. en psicología, docente en Universidad de Flores. Realizó su tesis doctoral acerca del vínculo humano-perro. Autor de múltiples artículos científicos de la especialidad, del libro “Antrozoología y la relación humano-perro” (2017), y autor y compilador de “Antrozoología. Potencial recurso de intervención clínica” (2017) y “Antrozoología, multidisciplinario campo de investigación” (2018). Líder del Laboratorio de Investigación en Antrozoología de Buenos Aires (LIABA).